La Eucaristía
fuente y cima de toda la vida cristiana

En la Introducción de nuestro recién aprobado *Plan Pastoral 2008-2012, "Permaneced en mi amor" (Jn 15,9),* se nos comienza diciendo: "Al centrar este Plan en la Eucaristía, respondemos al deseo del Señor cuando nos dijo: «Permaneced en mi amor» (Jn 15, 9). Queremos hacernos más conscientes de su presencia real eucarística entre nosotros, de manera que todos los discípulos estemos unidos al Maestro a través de la participación del banquete eucarístico, permanezcamos en la comunión fraterna y demos mucho fruto en el anuncio del Evangelio, en la actuación a favor de un orden justo en la sociedad y en el servicio de la caridad, especialmente a los más desvalidos, desfavorecidos, los que sufren y los que pasan por diversas necesidades personales, familiares o laborales". Son unas palabras que nos iluminan de forma especial para adentrarnos en la vivencia del Santo Triduo Pascual desde el misterio eucarístico, como no podía ser de otra manera. Así "La Iglesia vive de la Eucaristía": Estas palabras iniciales de la Encíclica de Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia* (n. 1), ofrecen, en unión a las mencionadas anteriormente, el marco sencillo y profundo de la presente reflexión y nos indican el sentido vital de una Iglesia que, siendo el Cuerpo visible de su Señor invisible, se nutre de Cristo Eucaristía, y por ello, como un cuerpo, se plasma y se construye, crece y se estructura vitalmente con la celebración de la Eucaristía. En ella el Señor, Cabeza y Esposo de esta Iglesia que es su Cuerpo y su Esposa, presente en el memorial de su pasión gloriosa, es decir en el acto que recapitula toda su existencia y su misterio (*Catecismo de la Iglesia católica* n. 1085), no sólo la une a sí, sino que la configura, la estructura, la revela y la plasma para que sea cabal expresión de ese pueblo santo sacerdotal del Padre, cuerpo místico suyo y templo del Espíritu, sacramento universal de salvación.

La Eucaristía hace la Iglesia. La Iglesia hace la Eucaristía. Estas dos clásicas expresiones del P. Henri De Lubac son perfectamente comprensibles sólo si se sobreentienden con la referencia a Cristo, es decir el Cristo de la Eucaristía, el sacerdote y la víctima, el donante y el don. En efecto, es Cristo en la Eucaristía con la autodonación de su cuerpo y de su sangre, con la actualización de su misterio pascual y de sus efectos salvadores, el que hace de la Iglesia su Cuerpo y la plasma como sacramento universal de salvación. Y es Cristo presente en la Iglesia, a través de la sucesión apostólica y ministerial del sacerdocio ordenado, por su presencia en cada sacerdote celebrante, el que hace y realiza la Eucaristía.

Esta referencia al Cristo eucarístico y al Cristo sacerdotal nos permite comprender mejor el binomio de reciprocidad entre la Eucaristía que hace la Iglesia y la Iglesia que hace la Eucaristía, para no separar nunca la dimensión sacramental del sacerdocio y de la eucaristía, de la sucesión y transmisión de la presencia de Cristo en los apóstoles y sus sucesores por medio del Espíritu Santo.

Sólo a ello, de manera exclusiva, ha confiado el ministerio eucarístico y la realidad misma del único sacerdocio de Cristo que en la actualización sacramental de su misterio pascual hace que la Iglesia nazca y renazca siempre de ese misterio.

El misterio eucarístico en su plenitud, como hemos insinuado, actualiza el momento recapitulador de toda la vida de Jesús, su misterio pascual, significado y realizado en el cuerpo entregado y en la sangre derramada. Pero que en la mejor tradición de la Iglesia y de sus plegarias eucarísticas incluye la efusión Pentecostal del Espíritu, para que la Iglesia sea, como en Pentecostés, y ahora por medio de la Eucaristía, un solo cuerpo y un solo Espíritu.

Esta doctrina recoge la mejor tradición de las Iglesias de Oriente y Occidente, desde los primeros siglos. Es la perspectiva rica y eficaz del misterio de nuestra salvación en el que se pone en el principio y en el centro la Eucaristía plenamente celebrada y vivida; la Iglesia que tiene como momento central y fontal esa Eucaristía que la revela y la realiza; y la caridad, que fluye de la Eucaristía, para ser la fuerza que la aglutina en la comunión, en todas sus expresiones jerárquicas y carismáticas; y la que la lleva en la misión al testimonio

de un amor sin límites que se revela en la fuerza de la evangelización misionera, en la creatividad del amor y del servicio y forja una comunidad nueva que nace del celebrar el misterio del amor de Cristo, y un testimonio que se manifiesta en el bautismo. En torno a la Eucaristía y como revelación del misterio de la Iglesia se va formando y conformando, se revela y se explicita la función apostólica en cuanto a regir, enseñar y santificar. Y tiene como consecuencia una dimensión de ortodoxia de la fe, de predicación y salvaguardia de la verdad, para que nuestra doctrina, como dice San Ireneo, corresponda a la Eucaristía que celebramos y viceversa, ya que la celebración de la Eucaristía supone la confesión unánime y completa de la fe. [« Nuestro modo de pensar (la confesión de la fe) concuerda con la Eucaristía (la celebración del misterio) y la Eucaristía es conforme a nuestro modo de pensar" Cfr. *Adversus Haereses* IV, 18, 5, ed. SC 100, p.611]. Con una función santificadora que tiene en la Eucaristía su punto de llegada y de partida, con los sacramentos de la iniciación cristiana y con los otros sacramentos que tienen en la Eucaristía su centro y su culmen. Y con la consecuente irradiación de la caridad hacia todos. Quiera la Santísima Virgen María, nuestra Madre, la Mujer Eucarística, ayudarnos estos días a vivir la Eucaristía de una forma decisiva para toda nuestra vida.

Tomado de: SIMPOSIO TEOLÓGICO-PASTORAL DEL XLVIII CONGRESO
EUCARÍSTICO INTERNACIONAL.
LA EUCARISTÍA QUE EDIFICA LA IGLESIA
Conferencia del P. Jesús Castellano Cervera (+) ocd.